



Nuestra Señora de Guadalupe:
Un Ícono de la espiritualidad Lasallista
(Hno. Antonio Botana)

Cuando Juan Bautista nos presenta a María, su manera preferida de hablar de ella no será tanto como de un objeto pasivo de devoción, sino como modelo de esa mediación que ha de caracterizarnos a nosotros: *“Si María recibió tal abundancia de gracias fue para que hiciese partícipes de ellas a los hombres que acuden a su protección”* (MF 163,3)

Veamos así el icono de Nuestra Señora de Guadalupe. Un icono es una imagen para ser contemplada, y no sólo un objeto de devoción. A través de la imagen podemos intuir y sentir un misterio de fe. El icono de Nuestra Señora de Guadalupe nos revela el misterio central que alimenta la espiritualidad lasallista. En este icono contemplamos la Mujer que lleva en su seno a Jesús y quiere darlo a luz en medio de este pueblo al que viene enviada.

Viéndola a ella se despierta en nosotros la urgencia de cumplir la tarea que Dios nos ha encomendado como Instituto; como dirá La Salle, es *“la tarea de formar a Jesucristo en el corazón de los niños que tienen encomendados a su solicitud, y comunicarles el Espíritu de Dios”* (MF 80,2). Y esa es la tarea que nos urge a la oración y a llenarnos de Dios, nos insiste también La Salle.

Los dos estribillos bíblicos de la espiritualidad lasallista resuenan en esta contemplación. Uno nos recuerda el objeto de nuestra misión: *Somos embajadores y representantes de Jesucristo. Somos ministros de Jesucristo y de su Iglesia...* El otro nos remite al centro desde el cual llevamos la vida a la misión: *“Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2,20).

Luego está la mirada de María, vuelta hacia un pueblo pobre que debe ser liberado y evangelizado. Y sentimos en esa mirada los ojos de Dios en aquella escena de Moisés y la zarza ardiendo: *“He visto la aflicción de mi pueblo... Voy a bajar a liberarlo”*, para luego decirle a Moisés: *“Vete, yo te envío”*, y Moisés descubre que los ojos de Dios son de hecho sus propios ojos, los de Moisés; él es los ojos, los oídos y el corazón de Dios.

La mirada de María nos remite a esa sensibilidad que es el corazón de la espiritualidad lasallista, que no nos deja en una devoción estéril y nos saca de nosotros mismos para mirar a los niños y jóvenes cuya salvación se nos ha confiado. La Salle nos dice: *“El los mira con lástima y cuida de ellos como quien es su protector, su apoyo y su padre; pero se descarga en ustedes de ese cuidado. El bondadoso Dios los pone en las manos de ustedes, y toma sobre Sí el otorgarles cuanto le pidan por ellos...”* (MD 37,3).

María de Guadalupe es María la Evangelizadora que propone el proyecto de evangelización de su Hijo para el pueblo sencillo, e invita a participar en ese proyecto. Por ello la advocación que da nombre a su Instituto subraya todavía más, no sólo el carácter central de la evangelización en la misión del Instituto, sino también la característica central de la espiritualidad lasallista que es la mediación. Y vista de esta forma, la advocación de Guadalupe ya no puede ser vista como una devoción local, sino que se convierte en un icono universal de nuestra espiritualidad lasallista.